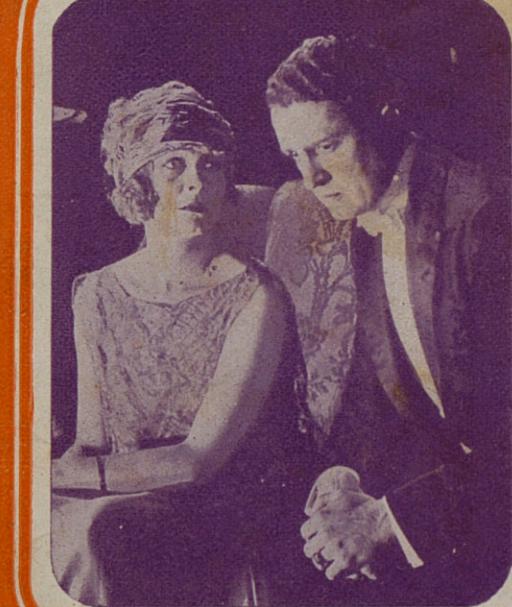


LA NOVELA FILM

N.º 131

30 cts.



EL TIRANO

POR

BRYANT WASHBURN y MABEL FORREST

LA NOVELA FILM

Director: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Redacción | Cortes, n.º 651
Administración | BARCELONA

Año III

N.º 131

EL TIRANO

Intensa comedia cinematográfica, interpretada por
los simpáticos artistas

BRYANT WASHBURN y MABEL FORREST.



Exclusiva de
PRÍNCIPE FILMS, Sdad. Ltda.
SAN SEBASTIAN

Para Cataluña, Aragón y Baleares

J. CAVALLÉ

Aragón, 225, pral.-BARCELONA

Con esta novela se regala la postal-fotografía de
LUCIANO ALBERTINI

El Tirano

Argumento de la película

En la residencia de la familia Rives se hacían grandes preparativos para la celebración de una próxima ceremonia nupcial.

La señora Rives, viuda de un acaudalado neoyorquino y madre de la futura esposa, no se daba punto de reposo y mostrábase muy satisfecha de la elección de su hija.

Víctor Olney, opulento deportista que se hallaba en vísperas de renunciar a su libertad de soltero para convertirse en yerno de la señora Rives, presentóse en la casa de ésta, sorprendiéndola con su visita, que no era esperada a aquella hora.

—¿Qué sucede, querido Víctor, que llegas así, de prisa y sin que supusiéramos que ibas a venir?

—Deseo hablar un instante con Constanza. ¿Me lo permite?

—La hora elegida para esa entrevista no es, querido Víctor, muy oportuna. Pero puesto que

tan urgente parece ser que se celebre, no quiero oponerme a ella.

La viuda llamó a su hija, comprendiendo el motivo que había empujado a Víctor a visitarla de nuevo.

Constanza no se hizo esperar. Estaba en su habitación y salió de ella en seguida.

—¿Qué quieres, mamá? ¡Ah! ¿Eres tú, Víctor?

Los dos novios se reunieron y le dijo Víctor a Constanza:

—Perdóname, queridita. He venido impulsado por un irresistible deseo de verte.

—¿Temías que hubiesese huído para no casarme contigo?

La señora Rives sonreía bondadosamente. ¡Qué felices iban a ser los tórtolos!

—Se celebra, al fin, esta noche la comida organizada para despedirte de tu vida de soltero? — inquirió la viuda.

—Sí, doña Leonor. Ya sabe usted que es una costumbre a la que no es posible renunciar. Si no, de buena gana pasaría la velada con ustedes.

—Cumple con tus compromisos, Víctor — dijo Constanza. Precisamente esta noche, última de mi vida de soltera, necesito soledad y recogimiento.

Un poco después, Víctor salía de la casa de su amada y se dirigía hacia los arrabales de la ciudad.

En humilde habitación de los barrios modestos la señora Alegría, cuyo apellido constituía un sarcasmo cruel ante las realidades de su vida, era una esclava resignada de sus deberes maternales. Tenía tres rapaces — dos niños y una



La señora Rives sonreía bondadosamente. ¡Qué felices iban a ser los tórtolos!

niña — y una hija de veinte años, que ayudaba a la casa.

Víctor llamó a la puerta de esa humilde habitación.

La señora Alegría, al ver a Víctor, dijo a su hija, malhumorada:

—¿Se puede saber a qué viene ese caballero en busca tuya?

—Cállate, madre, y déjame con él. Es un buen amigo mío.

Carmencita, modesta bailarina del "Winter Gardens", a quien Víctor había tratado de seducir con doradas promesas de matrimonio, era la hija mayor de la señora Alegría.

Víctor, al quedar a solas con Carmencita, sentóse a su lado en un sofá y le habló de esta suerte, deseando intentar por última vez la realización de su capricho con ella.

—Esta noche celebramos varios amigos una fiesta íntima y tengo especial interés en que tú tomes parte en ella.

Carmencita no sabía nada del matrimonio de Víctor.

—Temo que mi madre se oponga a que yo trabaje en un restaurante nocturno y ante un público de hombres solos — contestó.

—Yo te prometo que sólo permanecerás en la sala donde la fiesta se celebre, el tiempo necesario para deleitarnos con tu arte. ¿Aceptas, Carmencita?

—En ese caso, y tratándose de una petición tuya, no puedo negarme.

—No esperaba menos de ti.

Los hermanitos de Carmencita, escondidos detrás de un cortinaje, vieron como su hermana y Víctor se estrechaban cariñosamente las ma-

nos, despidiéndose ya para reunirse un poco más tarde; y el mayorcito, alcanzando a Víctor, le presentó una hucha y le dijo:

—Todos los empresarios que contratan a Car-



—Temo que mi madre se oponga a que yo trabaje en un restaurante nocturno y ante un público de hombres solos.

men están obligados a depositar un dólar en esta cajita de nuestros ahorros.

Víctor no hizo menos que cualquier empresario, y los niños quedaron muy contentos de su visita, ajenos a las intenciones que referente a su hermana tenía.

La fiesta organizada por Víctor para despedirse de su vida de soltero, fué digna de los elegantes comensales que asistieron a ella.

Bernardo Mobray, primo y fervoroso enamorado de Constanza Rives y por quien ella no experimentó jamás otro sentimiento que el natural afecto del lazo familiar que los unía, miraba a Víctor con envidia.

A aquella misma hora, Constanza decía también adiós a sus recuerdos de soltera.

Junto al hogar donde ardían unos leños iba sacando de una cajita las reliquias del pasado y el fuego las hacía desaparecer para siempre... con un poco de dolor para el "verdugo".

En la fiesta, uno de los amigos de Víctor dijo, mientras algunas artistas que actuaron un poco antes procuraban ser complacientes con los invitados:

—Verdaderamente los hombres somos unos tiranos cuando prohibimos a nuestras mujeres los más inocentes pasatiempos sin pensar en la dudosa honorabilidad de nuestra conducta.

Las artistas se rieron.

Bernardo, el primo de Constanza, comentó, dirigiéndose a Víctor:

—Ciertamente nada más ridículo e injusto que el marido moderno celoso de su mujer.

Víctor, con viveza, replicó a su futuro parente:

—La depositaria del honor conyugal es la mu-

jer. No es, por consiguiente, nada injustificado ni tiránico que se le exija cuenta del tesoro que le confiamos.

—¡Caramba! — exclamó el vecino de Víctor en la mesa —. Tienes razón, amigo. ¿Qué estará haciendo mi Ramona?

El celoso convidado telefoneó a su cara mitad, y Víctor sintió también el deseo de saber lo que en aquellos instantes pudiera estar haciendo y pensando Constanza.

Telefoneó sin moverse de la mesa.

—Central... Oiga...

Mientras pedía la comunicación, en el cuarto donde se desnudaban las artistas la casualidad destrozaba una ilusión.

Accediendo a los deseos del hombre que había logrado interesar su corazón, Carmen había acudido a la fiesta para lucir las excelencias de su arte.

Una de las artistas que ya habían actuado elogiaba a Víctor por el sueldo que les había pagado.

—Ese Víctor Olney que mañana se casa es un muchacho generoso.

Carmen oyó la alabanza y dijo:

—¡Que Víctor se casa!

—Sí, se casa mañana. ¿Lo ignorabas tú? Pues esta fiesta no tiene más objeto que despedirse de la vida de soltero.

Desaparecieron las artistas y quedó sola Carmen... sola con su dolor.

Víctor conseguía, al fin, comunicarse con Constanza, sorprendiendo a ésta cuando se disponía a inmolarse sus últimos recuerdos juveniles... resistiéndose a quemar el retrato de Bernardo, ya que ella le consideraba como pariente y nunca como admirador. Sin embargo...

—Oiga... oiga... ¿Eres Constanza? Soy yo, queridita. Quería repetirte una vez más que te adoro.

—Gracias, Víctor. Ya sabes que me gusta que me hables así.

—¿Qué haces en estos instantes?

—Soñar al lado del fuego.

—¿Conmigo?

—Sí, contigo. ¿Con quien otro podía soñar en vísperas de nuestros desposorios?

—Eres un ángel, Constanza. Adiós. Hasta mañana.

Al colgar el aparato, la novia arrojó al fuego el retrato aquél, para olvidar que había otro hombre que la amaba, pero las llamas respetaron el rostro, y, sin saber por qué, decidió conservar los restos de la fotografía.

Después de telefonear a su futura mujercita, Víctor volvió a charlar con sus amigos.

El momento convenido para que Carmen se presentase ante los invitados había llegado ya, y la muchacha apareció en lo alto de la escalera

de los cuartos de las artistas, para que Víctor la viese.

Víctor la vió, y como si su presencia allí le sorprendiese, pues la había olvidado por completo en aquellos momentos, fué a su encuentro, haciendo guiños los invitados, algunos de los cuales sabían lo encaprichado que estaba aquél con la bailarina.

Carmencita, ocultando su amargura, dijo a Víctor cuando éste se le reunió:

—Quisiera que no me obligasen a trabajar. No me encuentro bien esta noche.

Víctor insistió en que se quedara.

—Mis amigos, a quienes hice el elogio que mereces, se considerarían defraudados si no te vieras aparecer. Haz un sacrificio. Hazlo por mí.

Víctor la suplicaba tan cariñosamente, que la incauta Carmen no supo resistirse a obedecerle.

—Bueno... haré un esfuerzo... por ti... para que tus amigos no tengan que decir...

El trabajo de Carmen consistía en mantenerse en equilibrio sobre un alambre, bailando y yendo de un lado a otro con mucha soltura.

De pronto alguien brindó.

—¡Por tu felicidad conyugal, Olney!

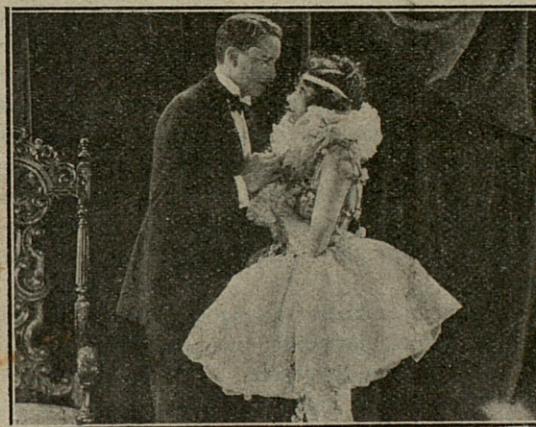
Oír esto y perder el equilibrio Carmen, fué cosa tan rápida como el rayo.

La infortunada muchacha pudo ser recogida por los brazos de Víctor, pero se dió un golpe tremendo en la espalda al chocar con el bor-

de de la mesa. Podía matarse, pues la caída había sido terrible.

—¿Te has hecho daño, Carmen? — preguntó emocionado Víctor.

—¡Mucho! ¡En la espalda!



—Mis amigos, a quienes hice el elogio que mereces, se considerarían defraudados si no te vieras aparecer.

—No llores. No temas. Voy a conducirte a tu casa en mi auto en seguida y ya verás como esto no será nada.

Los invitados se miraban asombrados unos a otros.

—Por qué Víctor había dado esperanzas a Carmen si no debía cumplirlas? —Por qué llenó de amor el corazón de la pobre muchacha de tal manera?

**

Deseoso de que el accidente ocurrido a Carmen no trascendiese ante el temor de que se aclararan las causas que lo motivaron, Víctor fué a la mañana siguiente a consultar con su abogado, que era uno de sus amigos, el invitado que telefoneó desde la fiesta a su Ramona.

—¿Qué te parece, Julián? —¿Cómo se puede arreglar eso sin que nadie se entere? Estoy dispuesto a lo que sea. ¡Figúrate si Constanza se enterase!

—La mejor manera de evitar el escándalo es conceder particularmente una indemnización a la familia de esa muchacha.

—Está bien. Lo haré.

Más que sus dolores físicos sentía Carmen la intensa amargura de su desengaño, de la muerte en flor de todas sus ilusiones juveniles.

—¿Te duele mucho, hija mía? — preguntábase la señora Alegria, atenta a sus menores movimientos.

—¡Mucho, madre, mucho!

—Por qué te obstinas en no decirme dónde ocurrió el accidente, para presentar una reclamación?

—Yo tuve la culpa, madre... Yo sola...

Y aquella misma tarde, bajo los rayos acariciadores de un sol primaveral, se celebró el casamiento de Víctor y Constanza, en el jardín de la casa elegida para nido.

Bernardo crispaba las manos de rabia ante su derrota.

Celebrada la ceremonia, los jóvenes querían acercarse a la novia. Bernardo deseaba ardientemente besar a su prima, pero Víctor, cerrando el paso a todos como una verdadera valla, tomó en sus brazos a su mujercita y huyó con ella en el auto que los estaba esperando.

Víctor era inmensamente feliz. ¡Constanza era ya suya para siempre!

No pasó mucho tiempo sin que la felicidad de Víctor se viese turbada y oscurecida por los negros nubarrones de unos celos tan torturadores como injustificados.

Unos amigos comentaban, aquella noche, en la reunión organizada por Constanza en su casa, a propósito del cambio operado en Víctor:

—Desde hace algún tiempo encuentro en Olney un gran parecido con el celoso Otelo.

—Pues preveo graves disgustos en el matrimonio. Constanza es tan inocente como Desdemona, pero bastante menos sufrida que ella.

Víctor, en efecto, no parecía el mismo. Vigilaba constantemente a Constanza. Eran ya va-

rios los disgustos que habían tenido por celos.

Durante la fiesta de aquella noche, Víctor se puso de nuevo insoportable con su esposa.

—Parece que estás algo inquieta. ¿Te contradría la ausencia de tu querido primo?

Víctor se había empeñado en que Constanza hacía más caso ahora a Bernardo que cuando era soltera.

Constanza se enojó y repuso:

—Es una ridiculez la intención que pones en lo de querido primo. Te ruego que dejes esa actitud o me veré precisada a retirarme a mis habitaciones.

Los invitados hacían los más sábochos comentarios.

Bernardo no estaba en la fiesta, y muchos se extrañaban de ello, pues no faltaba a ninguna de las que organizaba su prima.

Sin embargo, si no estaba aún era porque se había retrasado. Decididamente él no podía faltar.

Desde el casamiento de Constanza, Bernardo se había entregado a sus aficiones deportistas con una temeridad tan ciega como su entusiasmo.

Como un bólido, en su potente automóvil, rumbo a la casa de Constanza, cruzaba Bernardo caminos, puentes y pasos a nivel desafiando peligros.

Estaba próximo a llegar a destino; y simul-

táneamente a su aparición en la fiesta, unas damas decían a Constanza, cuyo carácter les era muy simpático:

—Esperamos, querida Constanza, que formará usted parte de nuestra Asociación Benéfica, cuya principal misión es atender a los enfermos pobres.

—Acepto de mil amores. Así podré emplear el tiempo en hacer bien a los que necesitan de los demás.

Bernardo, que tenía fama de excelente deportista, fué rodeado de algunos invitados que se interesaban por sus hazañas.

—¿Cómo le va esa vida de agitación, querido amigo?

—Perfectamente. Ahora mismo, para llegar más pronto, acabo de vencer en velocidad al rápido de Chicago.

—¿Continúa usted jugando con la muerte?

—Es un juego muy divertido, palabra.

Constanza acababa de ver a Bernardo y fué a saludarle, viéndolo Víctor y aumentando sus celos.

—¡Hola, Constanza! Siempre tan bonita.

—Guárdate tus elogios para otras mujeres. He de decirte algo importante.

—¿Qué?

—Que eres un chiquillo.

—¿Por qué?

—Aseguran que mañana te propones realizar

en el Aeródromo un vuelo sensacional. Ten mucho cuidado. Tanto se desafía el peligro que, al fin, el peligro vence.

—¿Y a quién puede interesar que yo me rompa la cabeza?

—Me parece mentira que un hombre como tú hable así. Tienes familia que te quiere y debe importarte un poco más la familia.

—A mí no me quiere nadie.

—¡Qué tontos sois los hombres, Bernardo! La música invitaba al baile otra vez.

—¿Quieres bailar, primita? — le propuso Bernardo.

Constanza miró a Víctor, a quien había visto espiándola con furor, y para corregirle de sus celos dándole otros mayores, aceptó bailar con Bernardo.

—¿Por qué no, primo?

Algunos se extrañaron de que Constanza bailase por primera vez después de su matrimonio, y a Víctor ofuscábase una duda atroz.

Cuando cesó la música, Constanza y Bernardo se acercaron a Víctor, para saludarle el primo.

—Ya sabes que el baile es perjudicial para tu salud — dijo Víctor a Constanza desafiando con la mirada a Bernardo.

—Sólo bailé una vez, Víctor...

—Pues aunque sólo haya sido una vez es demasiado.

La separó bruscamente de Bernardo y no la

dejó sola un momento más el resto de la velada.

Cuando la fiesta hubo terminado, Constanza, sentada junto a la chimenea del salón particular, ardía en deseos de echarle en cara a Víctor su tiranía.

—¿Quieres explicarme por qué estás tan nerviosa, tan agresiva, cuando yo puedo pedirte una explicación por tu extraño comportamiento? — le dijo Víctor.

Constanza explotó.

—Tu conducta, Víctor, es intolerable. Constantemente ejerces sobre mí una tiranía de la que no soy merecedora, a la que no te he dado motivo.

—Yo no puedo permanecer indiferente ante la audacia de tu primo que se atreve a cortejarte con el mayor de los descaros.

—No es sólo Bernardo quien suscita en ti esos celos injustos y tiránicos. Son todos los hombres que a mí se acercan. ¡Y yo no puedo seguir viviendo así!

Víctor se reconocía culpable. Sí. Exageraba.

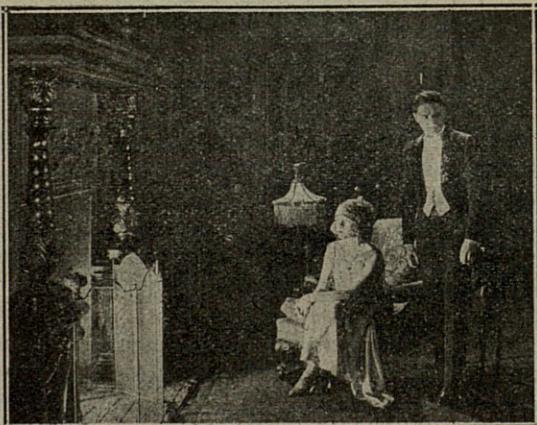
—Perdóname, Constanza. Me siento celoso de ti porque te amo demasiado.

**

Incluida en la lista de protectoras de la Asociación de asistencia a los enfermos pobres, Constanza comenzó a ejercer al día siguiente su caritativa misión.

La primera visita que debía hacer era, por obra del azar, la de Carmencita Alegría, que seguía en cama.

—¿Hace mucho tiempo que está usted enferma? — preguntó Constanza a la infeliz.



Víctor se reconocía culpable. Sí. Exageraba.

—Parécmeme una eternidad que no he salido a la calle, señora.

—Mi pobre hija no sanará nunca — añadió la madre.

—No diga usted eso, señora. Hay que tener fe.

—El médico dice que se necesitan muchas cosas.

—¿No tienen ustedes ningún socorro especial?

—Recibimos una pequeña indemnización, pero se agotó en atender los gastos de la enfermedad.

—¿Dónde se cayó usted, señorita? ¿No trabajaba usted en un teatro?

—No fué en el teatro... sino en un restaurante...

Y Carmen refirió a su bienhechora la íntima tragedia de su vida. Pero calló el nombre del causante de su desgracia, como lo callara a su madre, y las circunstancias que en ella habían concurrido.

Constanza, indignada por el relato, dijo:

—Y ese hombre que tanto la hizo sufrir, ¿no ha vuelto a acordarse de usted?

—Me ha olvidado para siempre.

—No lllore usted, señorita. Hay hombres que sólo tienen de tal el nombre. Pero no quiero hacerla sufrir. Yo ayudaré a usted y deseo que sepa resignarse... olvidar, si puede...

Por la tarde, Constanza y Víctor fueron al Aeródromo, para asistir a la fiesta en la que Bernardo se proponía ejecutar arriesgados vuelos en avión.

Mientras Víctor hablaba con un mecánico, Bernardo, vestido de piloto, acercóse al coche donde Constanza aguardaba a su marido, y después de saludarla le dijo con ironía:

—¿Puedo conversar contigo sin exponerte a las iras de tu celoso tigre?

—Te ruego, Bernardo, que cuando hables de mi marido lo hagas con mayor respeto.

—Eso es, defiéndele todavía. ¡Qué cambiada estás, Constanza!

—Soy la misma.

—Te lo figuras. ¡Quieres que te diga una cosa?

—Dila.

—Si tú fueses una mujer valiente te atreverías a volar conmigo. Pero no es posible, ¿verdad? Temes a la cólera de tu marido, o, mejor dicho, de tu tirano.

—No, no.

—Te compadezco, primita. Eres una pobre y resignada esclava.

Nada hiera tan a lo vivo a una mujer como que se le arrebate todo poder hablando de su marido, y sin medir su acción contestó Constanza a Bernardo:

—Te equivocas, primo. Voy a demostrarre que no he perdido del todo mi libertad.

—¿De modo que aceptas volar conmigo?

—Claro que acepto!

—Ahora sí que te reconozco!

En un santiamén vistióse Constanza un traje de piloto, y Bernardo emprendió el vuelo, con ella, sin dilación, ignorando Víctor que su esposa acompañaba a su primo.

Al enterarse de ello, el celoso rugía de indignación, esperando ansiosamente el regreso.

En las alturas, Bernardo galanteaba a su prima.

—A tu lado, Constanza, permanecería eternamente en el aire, alejado de la tierra y en tu sola compañía. ¡Si tú quisieras, Constanza...!

—Por favor, Bernardo, no sigas. Eres un atrevido, un insensato. Soy mujer que quiere usar de su libertad; pero no abusar de ella.

—Bien... No pierdo la esperanza. Algún día, con el desengaño de tu infelicidad volverás a mí tus ojos convencida de que nadie puede quererte como yo te quiero.

—Esperarás inútilmente, porque mi corazón y mi pensamiento sólo a Víctor pertenecen y han de pertenecer.

A poco Bernardo volvía a tierra, y Víctor, al sacar a Constanza del aparato, dijo al odioso rival:

—Algún día llegará la ocasión de que nosotros ajustemos cuentas.

Bernardo sonrió y volvió a remontarse por los aires.

Víctor y Constanza, apartados de todos, tuvieron una nueva discusión:

—¿Es que estás decidida a no perder ocasión de ponerme en ridículo?

—He querido probarme a mí misma que aun no quedó por completo abolida mi voluntad.

—Si tú me quisieses, mis deseos serían órdenes para ti. Pero tu cariño ha muerto.

—Te equivocas, Víctor. Mi cariño no ha

muerto. Vive, aunque su vida está constantemente amenazada por injustificada tiranía.

Un rumor de asombro interrumpió a los esposos.

—¿Qué pasa? — dijo Víctor mirando al aire.

—Es Bernardo. Ese loco parece empeñado en estrellarse — respondió Constanza reconociendo el aparato de su primo, que daba vueltas peligrosísimas.

—¿Lo sentirías tú?

—Sí. Lleva mi sangre.

Un grito de horror escapó de todas las gargantas de los allí reunidos. ¡El aparato acababa de estrellarse contra el suelo!

—¡Dios mío! — gritó horriblemente pálida Constanza.

Víctor no quería acercarse al aparato destrozado, pero Constanza, separándose de él, obligóle a seguirla hasta allí.

Bernardo acababa de ser sacado del avión.

—¿Ha muerto? — preguntó Constanza.

Bernardo abrió los ojos. Estaba grave.

—¿Por qué hiciste esta locura? — reprochóle Constanza.

Bernardo sonrió.

—Por el placer de sentirme ahora en tus brazos.

Víctor se mordía los labios de ira y celos.

—Voy a morir, Constanza — murmuró el he-

rido. — ¿Quieres endulzar mi agonía con un beso tuyo, no de amante sino de hermano?

—¡Constanza! — gritó Víctor, no pudiendo ya contenerse.

Pero Constanza, delante de todos, ante la súplica del moribundo, le besó.

**

Durante muchos días Constanza y Víctor no cambiaron una sola palabra. Pero, al fin, los celos del marido rompieron la hostilidad del prolongado silencio.

—¿Habrá llegado ya el momento de una explicación definitiva?

—No sé lo que quieras decirme. Habla más claro y te responderé.

—Necesito saber qué clase de relaciones te unen con Bernardo.

—¡Oh! ¡No es posible continuar soportando tu insultante tiranía! ¡Esta misma noche saldré de aquí para siempre!

—Espero que lo pensarás mejor antes de dar un escándalo. La mujer que no tiene nada que reprocharse no abandona jamás a su marido.

Pero Constanza no quiso escucharle más.

Como lo había anunciado, aquella misma noche Constanza se disponía a abandonar el domicilio conyugal.

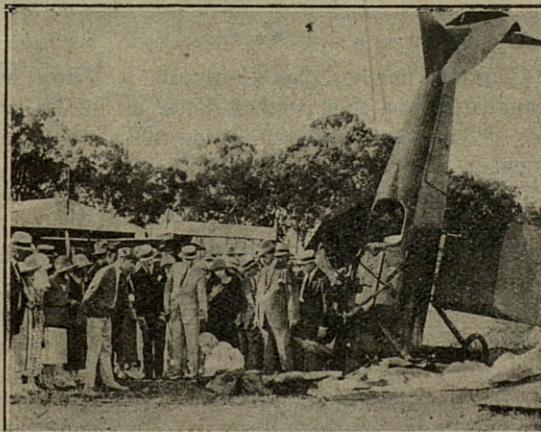
La doncella a su servicio le dijo:

—La señora no debiera salir. Hace una no-

che horrible y la estación del ferrocarril está muy distante.

—No importa. Debo partir esta misma noche.

Víctor, para calmar la excitación de sus ner-



—¡Constanza! — gritó Víctor, no pudiendo ya contenerse.

vios, había galopado como un loco, sorprendiéndole la tempestad.

Al regresar enteróse de la fuga de su esposa.

—La señora se marchó con el propósito de tomar el primer tren para el Oeste — le dijo la doncella.

Víctor, a caballo, y acortando el camino por senderos y a campo traviesa, salió en persecución de su esposa.

Aquella misma noche, Bernardo, repuesto de las heridas sufridas, se disponía a completar su convalecencia respirando el aire puro de las praderas.

La fatalidad se goza con frecuencia provocando crueles coincidencias. ¡Quién habría de decirle a Constanza que encontraría a su primo en la estación!

—¡Tú, Constanza!

—Sí, yo, Bernardo. Me alegro de verte salvado.

—¿Adónde vas?

—Me he separado de Víctor.

Víctor entraba en aquel momento en la estación. Al ver a su esposa con Bernardo sospechó lo que sólo era obra de la fatalidad.

—¡Miserable! — dijo al convaleciente, haciendo presión en su cuello con una mano.

Bernardo no podía defenderse. Estaba demasiado débil y la menor excitación podía serle fatal.

Víctor soltó a su rival, comprendiendo que no estaba en condiciones de hacerla frente, y apoderándose rabiosamente de Constanza la obligó a seguirle.

—Tú vendrás conmigo, porque tienes una deuda que liquidar conmigo antes de este segundo

viaje de novios que pretendías emprender en compañía de tu primo.

El espanto impidió hablar a Constanza, y Bernardo, para defender a su prima contra la posible venganza del marido celoso, subió al *auto* en que ella llegara a la estación y lo lanzó a toda velocidad hacia el hogar de la desavenida pareja, ocultándose, al llegar, detrás de unos cortinajes, para sorprender la conversación de Víctor con su esposa.

Apenas en la casa, Víctor, que se había calmado un poco, dejó sola a Constanza en el salón, para reflexionar sobre lo que debía hacer. Zumbaban en sus oídos las únicas palabras que la inocente pronunció durante el camino: "Mi conciencia está tranquila".

Aprovechando la soledad de Constanza, Bernardo salió de su escondite.

—¿Qué piensas hacer? — le preguntó.

—¡Tú! ¡Estabas aquí! ¡Qué susto me diste!

—No levantes la voz. ¡Qué piensas hacer, te digo?

—Quedarme aquí, Bernardo. No me siento con fuerzas para continuar la lucha. Quería darle una lección, pero todo va en contra mía.

—Tú sabes, Constanza, que yo te adoro. ¿Por qué hemos de renunciar a la felicidad que nos brinda ese cariño mío?

—Déjame, Bernardo, déjame. No me martirices más.

—¡Basta! No puedo seguir callando. Víctor no merece tu felicidad. Cuando más enamorado se decía de ti, te engañaba seduciendo a una infeliz muchacha que creyó en sus promesas matrimoniales.

—¿Qué estás diciendo, Bernardo?

—Escucha...

Y Bernardo refirió a Constanza las relaciones de Víctor con Carmen Alegría.

Al terminar el relato, Constanza preguntó a su primo:

—¿Estás seguro de que Víctor ha sido amante de esa muchacha?

—Lo indudable es que él labró la infelicidad de Carmen.

—Está bien. Puedes marcharte, Bernardo.

—¿No me sigues, Constanza?

—No, Bernardo. Yo sé lo que debo hacer.

A poco Víctor se reunía con Constanza, humilde y arrepentido.

—He reflexionado y vengo a pedirte que me perdone. Como siempre, la intensidad de mi cariño me cegó en esta ocasión — disculpóse.

—Me place que reconozcas tu culpa, Víctor... pero no debemos hablar sólo de nosotros. Otra persona inocente sufre por tu causa. ¿Olvidaste por completo a Carmen Alegría?

—¡Eh! ¡Tú conoces a Carmen?

—Ahora me explico la estridencia de tu carác-

ter. El remordimiento envenenó tu vida. No me queda más que decirte adiós.

—¿Adónde vas, Constanza?

—Huyo de este hogar donde se cobijaron tanto tiempo la doblez y la hipocresía.



Y Bernardo refirió a Constanza las relaciones de Víctor con Carmen.

**

Para satisfacer los anhelos piadosos de su corazón, Constanza había decidido reparar por sí misma el mal de que fué causa involuntaria.

Carmen, que podía ya levantarse, sanaría si era trasladada a una buena playa.

Constanza se la llevó consigo, corriendo con todos los gastos.

El aire puro hacía mucho bien a la pobre bailarina, que pronto estaría en condiciones de luchar otra vez por la vida en su antigua profesión o en otra cualquiera.

Carmencita, agradecida, decía, aquel día, a Constanza:

—Mi único deseo es que Dios me ofrezca ocasión de poderle pagar todo el bien que usted me ha hecho.

—Mi mejor recompensa será verte pronto curada del cuerpo y del espíritu.

Abandonado por la esposa amada, a solas con su pena y sus remordimientos, Víctor vivía en completo desorden y desesperanza.

La señora Rives, conciliadora, le visitó.

—¿Quién llama? — preguntó Víctor en su cuarto al oír unos golpes en su puerta.

La señora Rives entró.

—Soy yo. La madre de la mujer en quien piensas constantemente.

—No esperaba esta alegría, doña Leonor... ¿Viene usted a abrumarme con sus justos reproches?

—Nada de eso. Vengo, sencillamente, a que me des de almorzar.

Un criado trajo una mesita con todo lo necesario. La viuda la había mandado preparar.

Yerno y madre política comieron como buenos

amigos, y después del almuerzo, Víctor, confiándose a la excelente madre, lamentóse de su soledad.

—Tengo la certeza de que no me perdonará jamás.



Yerno y madre política comieron como buenos amigos...

—¡Qué tontería! Constanza te ama siempre y no te negará su perdón.

—¿Usted cree...?

—A mi edad esas cosas del amor no son nuevas... ¿Quieres seguir mis consejos para volver pronto al lado de Constanza?

—¡Que si quiero!

—Pues escucha...

Y pocos días después, Constanza, en la playa de moda, leía la siguiente carta:

Víctor viviendo lejos de ti es el más desgraciado de los hombres. Su arrepentimiento es sincero y yo sé que tú eres lo suficientemente noble para perdonar y olvidar el pasado.

Así lo desea de todo corazón tu

Madre

Constanza besó esa carta, y casi al mismo tiempo, Carmencita le decía, riente:

—Como era su noble deseo, me siento, al fin, curada del cuerpo y del espíritu. El pasado ha muerto para mí. El mañana, gracias a sus bondades, me sonríe... y yo también le sonrío. ¡Dios le pague a usted todo el bien que me ha hecho!

—¡Qué contenta estoy, Carmencita! Sí. Vuelve a tu vida y sé tan feliz como mereces. Piensa en mí y olvida a los que causaron tu desgracia.

Víctor, siguiendo el consejo de su madre política, llegó a la playa. Estaba enterado de todo y su agradecimiento era inmenso.

—¡Constanza! — exclamó al verla.

La esposa, llorando de felicidad, perdonó.

—Gracias, Constanza, gracias... Eres un ángel.

—Hice lo que mi corazón me dictó. Mira como corre esa pobre niña. Con mi solicitud y mi cariño hice olvidar a Carmencita el mal que tú le hiciste.

—Gracias, Constanza, gracias... Estoy avergonzado de mí mismo.

—Lo hice por ti, para librarte del remordimiento. Ya puede estar tranquila tu conciencia.

Y enlazados como en sus tiempos de relaciones, amábanse más que nunca, convencidos uno y otro de que su felicidad, en adelante, no sería turbada por nadie, ni por nada.

FIN

Próximo número: la interesante novela

LA QUINTA AVENIDA

Por MARGARITA DE LA MOTTE

32 páginas - Numerosas fotografías

Postal-regalo: DOROTHY DALTON

Sale todos los martes: Precio: 30 cts.

Lea Vd. LA VIUDA ALEGRE

La conmovedora novela

LOS NIÑOS DEL HOSPICIO

es el próximo número de Los Grandes Films de

La Novela Semanal Cinematográfica

Pídala usted desde ahora mismo

IMPORTANTE:

Al público

En vista de los numerosos pedidos que todos los días nos llegan de números atrasados de nuestras publicaciones, nos place comunicar a nuestros amables lectores que desde primeros de abril existen depósitos de todas nuestras publicaciones en todos los quioscos y librerías de España. Es, pues, el momento de completar sus colecciones.

IMPORTANTE:

A LOS CORRESPONSALES

Con el fin de que puedan contentar a todos los clientes en cuanto a las demandas de números atrasados y para evitarles momentáneo desembolso, esta Dirección, de acuerdo con sus distribuidores, ha decidido establecer depósitos de los números atrasados de todas nuestras publicaciones. Si no ha recibido dicho depósito y lo desea, pida las colecciones que necesite a

Sociedad General Española de Librería,
Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.
Barbará, 16, Barcelona. Ferraz, 21, MADRID. Ferrocarril, 20, IRUN